

LITERATURA Y ARTE EN EL EXTRANJERO

Por ANDRÉS REVESZ



Puchkin Sándor

Entre los numerosos centenarios que se celebran en este año—o que se celebrarían si las circunstancias fueran diferentes—encontramos dos relativos a los orígenes de la literatura rusa moderna. A partir de Puchkin surgen tantos genios, que su número y su valor puede inducir en error con respecto a la antigüedad de las letras rusas. En realidad, nos encontramos ante un fenómeno que sólo tiene precedentes en Italia, o sea que casi sin transición, casi sin antepasados literarios, salen de la oscuridad los poetas y escritores más grandes del país, con la diferencia de que Dante empieza a escribir en los últimos años del siglo XIII y Puchkin hacia 1820. Cinco siglos separan la época clásica de la literatura italiana de la rusa. Cuando en los países europeos la lengua literaria había alcanzado ya su mayor perfección, en Rusia sólo se redactaban trabajos de carácter religioso, en la lengua artificial de los santos Cirilo y Metodio, que era la lengua de la vieja Iglesia grecooriental, ya muy distante de la del pueblo. Hasta después del reinado de Pedro I, que murió hace doscientos diecinueve años, no existía en Rusia literatura en el sentido occidental de la palabra. Sólo a partir de 1730 podemos hablar de los primeros balbuceos, imitaciones de modelos extranjeros, que se contentaban con expresar en un idioma cada vez más ruso (o sea, cada vez menos anti-guo—eslavo) formas y pensamientos extraños. Y como era la época del neo-clasicismo francés, incluso en Alemania, las primeras manifestaciones de la incipiente literatura rusa pertenecen necesariamente a ese género. De Kantemir a Batyuskov no hay un solo gran talento; sin embargo, las traducciones e imitaciones crean un ambiente, un público, una métrica, un estilo, bases de las que surgen luego con asombrosa rapidez un número considerable de genios. Se escriben odas, tragedias altisonantes, comedias lacrimosas y alegres, fábulas, sátiras, cantos anacreónticos, incluso epopeyas. Se escribe con entusiasmo de una acción nueva y desconocida, con la convicción de hacer obra patriótica, y entre tal empuje poco importaban los defectos de matices. No se aspiraba a la perfección, como es natural, sino a reparar en el menor tiempo posible los descuidos de varios siglos. Y al par que se crea un estilo literario ruso, se apunta la ambición natural de tratar asuntos nacionales, como el problema de los siervos, «tabú» que conduce a Radischev a Siberia, después de haber sido condenado a muerte, y a Novikov a la fortaleza de Schlusselburg, en la orilla del Neva y del lago Ladoga. Desde sus principios la literatura rusa tiene su martirología.



Derzavin G. R.

En el teatro, Sumarokov escribe en el idioma recién creado tragedias neo-clásicas con las tres unidades francesas, mientras que Fonvizin (nació en 1744) imita al danés Holberg y alcanza, aproximadamente, el talento de Nicolás Moratín, que le lleva siete años. Sus dos comedias, *El general de brigada* y *El hidalgo adolescente*, obtienen mucho éxito por burlarse de la franquicia al par que del oscurantismo de los viejos rusos. Sus tipos positivos no tienen personalidad; pero los negativos: los criados zafios y los aldeanos groseros, son ejemplos reales de la vida rusa de la segunda mitad del siglo XVIII, la época de Catalina. Cuando habla el pueblo, nos regocija todavía el humor drástico de Fonvizin; pero cuando lo hacen los «héros», nos invade un aburrimiento sin límites.

El creador de la literatura rusa es Lomonosov, aldeano del boreal Arcángel, que nació en 1711, todavía bajo Pedro I, y el mejor poeta del siglo es Derzavin, de origen tártaro, contemporáneo de Fonvizin y llamado el Horacio ruso. Se hizo célebre por su poema *Felitsa*, en honor de la zarina Catalina, y por su oda *Dios*, que ha sido traducida a quince idiomas, incluso al japonés. Mucho más joven que ellos es el plebeyo Krylov, que escribió sus fábulas a principios del siglo XIX (murió en 1844), pero completamente en el espíritu del anterior. Era demasiado perezoso para inventar temas; se contentaba con imitar a los predecesores en el género, pero infundía a los viejos argumentos tanta personalidad, mediante su estilo enérgico y popular y su filosofía de la vida, que es considerado hasta hoy como el mejor fabulista de su país. Se puede decir que gracias al idioma, mitad popular, mitad literario, y gracias a sus expresiones plásticas, es el único de la época prepuchkiniana que cuenta todavía con un público, y no sólo es enseñado en las escuelas. Muere a la edad de setenta y seis años, después de Puchkin y Lermontov.

También celebra años la novela terrorífica, producto inglés. Hace un siglo que murió el inefable William Beckford, y siglo y medio que Ana Radcliffe publicó su famosa novela *Los misterios de Udolpho*. Hoy nos reimos de los libros que de *El castillo de Otranto*, de Horacio Walpole (1764), van al *Vathek*, de Beckford; pero si queremos ser justos tenemos que reconocer, no sólo el talento inventivo de sus autores, sino también la influencia que ejercieron sobre el desarrollo de la novela histórica. El propio sir Walter Scott reconoce lo que debe a sus an-



Krylov A. J.